UN ACERCAMIENTO AL AUTISMO DESDE LA OBSERVACIÓN DE BEBÉS

Ana Duran
Congreso Internacional de Observación de Bebés
Dakar, noviembre del 2012

Voy a intentar compartir con vosotros algunas de las ideas que me acompañan y sostienen en mi trabajo con niños autistas y que surgen de mi encuentro con Hafsa Chbani y con la observación de bebés. El desarrollo de la observación de bebés según Esther Bick abre una manera nueva de acercarse a la mente y a nuestro trabajo con los pacientes. Hoy me referiré a algunos aspectos fundamentales como son:

- el respeto a la autonomía y a la mente del otro,

- la relevancia y la fuerza del reconocimiento de la salud, de la sabiduría de nuestros bebés, y por tanto la fuerza y la relevancia de la atención a las capacidades, la salud y la sabiduría de nuestros pacientes autistas,

-la atención a los detalles,

- y, por último, la importancia de la ensoñación.

Me ayudaré de un texto de Christian Bobin, un escritor francés que conoce la mente, la enfermedad mental, el psicoanálisis, y que tiene una relación peculiar y muy propia con el mundo. Dice en este texto extraído de su libro “Autorretrato con radiador”:

> “Todo lo que hago es muy pequeño. Es del orden de lo minúsculo, de lo infinitesimal. Ante la pregunta usted a qué se dedica, esto es lo que me gustaría contestar: me dedico a lo muy pequeño, doy testimonio de una brizna de hierba. (…) El desastre lo veo ¿Cómo no verlo? El desastre sucedió ya cuando empecé a escribir. Tomo nota de lo que ha resistido y

> forzosamente es lo más pequeño, y es incomparablemente grande, puesto que ha resistido, puesto que el resplandor del día, una palabra de niño o una brizna de hierba ha triunfado sobre lo peor. (…) No sueño con un mundo pacificado. Un mundo así estaría muerto. Amo la lucha y el enfrentamiento como amo la vida, con el mismo amor. No busco la paz sino la dicha, y creo que para eso es preferible buscar por todas partes, sin método, y preferentemente entre la vida corriente, minúscula. Esta mañana me traje a casa una rosas de una sencillez absoluta. (…) Esto es lo que soy, a eso es a lo que me dedico: cuido de unas rosas y de una brizna de hierba. Escribo en lo elemental para decir esta cosa elemental: el mundo está perdido y la vida está intacta."

Esa realidad que Bobin expresa cuando dice "el mundo está perdido y la vida está intacta" es uno de los pilares y los fundamentos éticos de nuestro trabajo. Es así: a pesar de todo lo roto, lo estropeado, de todo el sufrimiento, a pesar de que todo eso está ahí, la vida está intacta. Siempre queda un hilo, una chispa de vida al que cogerse. Cada cual está vivo a su manera. Perseguir esta "vida intacta" contra todos los vientos que nos empujan en sentido contrario, no es negar la dificultad real que hay, que se puede nombrar, que se puede pensar; es buscar más allá de la dificultad, buscar a la persona viva que la está sufriendo. Los momentos de "vida intacta" son momentos de dicha, son destellos de luz, son instantes de cohesión.

Bobin también dice: "No busco la paz sino la dicha". Buscar la paz es intentar un imposible; es el sueño o la ilusión infantil de acabar con el malestar, con el conflicto, con la inquietud. De hecho nos empuja hacia la ilusión de la "normalidad", como si la normalidad existiese. Esta presión por la normalización nos aleja a todos de un pensamiento vivo, del contacto genuino con nosotros mismos, de aquello que nos permite sentir que no

estamos tan lejos unos de los otros, que no somos de mundos diferentes.
Si trabajamos en el sentido de la dicha, en dirección a la dicha, nos acercamos a las capacidades del otro, promovemos momentos de encuentro, de crecimiento, de placer, de confianza en la vida, estamos en actitud de nacer, de buscar un nuevo comienzo, de abrirnos a lo nuevo. La dicha aparece cuando podemos desplegar y realizar nuestras preconcepciones, nuestra autonomía. Como dicen Pérez-Sánchez y Hafsa Chbani en su libro "Método de observación Bick" "La autonomía se refiere a la realización de una preconcepción (…) presentamos la autonomía como energía personal no adquirida; radioactiva, en el sentido que cada vez que la autonomía no se puede expresar, cada vez que una preconcepción no encuentra realización, observamos efectos disarmónicos a diferentes niveles, hasta llegar a la enfermedad grave. Esto nos ha permitido decir que el desarrollo es el fruto de la atención a la autonomía de cada uno".

"Todo lo que hago es muy pequeño", y en nuestro trabajo lo que hacemos es muy pequeño, tendiendo a lo invisible. Estamos atentos a lo pequeño, lo minúsculo, los gestos fugaces, los pequeños encuentros, lo flotante, lo casi invisible… tan propios de la observación de bebés, tan necesarios para mantener la atención, el hilo, el tono… en situaciones aparentemente caóticas, y tan necesarios también cuando la comunicación se realiza sin palabras. Es también la observación de los detalles lo que nos permitirá percibir, sentir la lenta transformación de la relación que tenemos con nuestro paciente. Hafsa Chbani dice que lo terapéutico es la atención al detalle porque son los detalles los que nos hieren y también los que nos movilizan, porque será un detalle lo que pondrá en marcha una nueva organización. El germen de una transformación es siempre un detalle al que hemos prestado nuestra atención.

Tanto la capacidad de percibir "la vida intacta" como la de sentir la dicha tienen que ver con la capacidad de generar sueños. Esta capacidad de generar sueños, no de inventarlos, sino de ir en su busca y reconocerlos cuando aparecen, es algo fundamental en el

trabajo con niños autistas. Es un modo de acoger las palabras y los gestos incomprensibles de nuestro paciente para convertirlos en algo a partir de lo cual puede nacer algo nuevo. Es un modo de esperar y de acompañar el crecimiento de lo que puede llegar a ser.

Existen dos aspectos de esta capacidad de generar sueños de los que quiero hablar en especial. El primer aspecto sería la capacidad de generar y sostener sueños concretos y reales como por ejemplo sería el sueño de que M., un chico autista de 17 años del que os hablaremos después, quiere hablar, quiere leer; el sueño de que a momentos lo consigue; el sueño de imaginar a M. hablando, leyendo o escribiendo; el sueño de que M. lo desea y con nuestro acompañamiento que no le niega este deseo, puede irlo sosteniendo.

Es diferente soñar que desear. Si yo deseo que M. hable, le empujo, le fuerzo, le educo. Si yo sueño que M. habla, estoy con él, percibo sus deseos de hablar, su frustración de no ser capaz de hacerlo y ni eso me desanima, ni lo juzgo como imposible ni me empeño en que sea así. Puedo soñarlo hablando de muchas maneras e incluso puedo soñar que otro sueño vendrá a sorprenderme. Puedo olvidar ese sueño concreto y reencontrarlo cuando percibo que M. empieza a acercarse a la conciencia de que tiene esfínteres.

Una de las cosas que alimentan esta ensoñación es recordar, descubrir vidas que nos parecen imposibles y no lo son. Recordar a Boris Cyrulnik, su vida de niño huérfano y perseguido, su experiencia de resiliencia que, según él se fundamenta en su instinto de desobediencia y de no resignarse a la desgracia; recordar a Albert Casals, un chico catalán parapléjico que ha viajado por el mundo solo, con su silla de ruedas y sin dinero.; recordar a Josué, un chico autista con el que hacía música, que empezó a hablar a los 12 años,

… y la lista podría continuar. Añadiré solo a Donna Williams, autista y escritora, a la que conozco por algunos de sus libros. El

segundo de sus cuatro libros autobiográficos “Alguien en algún lugar”, empieza con una nota de la autora que hace referencia, entre otras cosas, a la idea de ensoñación a la que me estoy refiriendo. Dice para presentar su libro: “Esta es la historia de cómo uno recoge los restos después de una guerra, Es una historia de desarmes, tratados de paz y reconciliaciones. Es una historia sobre aprender a construir algún lugar a partir de ningún lugar y un alguien a partir de un nadie. Es un cuento de un viaje para encontrar la manera de construir castillos en el aire y hacerlos reales, de construir puentes entre el sueño de volar y el ser capaz de hacerlo. Es la historia de alguien en algún lugar”.

El otro aspecto de la ensoñación del que quiero hablaros está relacionado con la música, con mi experiencia con la música.
Lo esencial de la música es lo que se llama musicalidad. Se dice de un intérprete, tanto si es profesional como si es un niño que comienza, que es musical cuando tiene la capacidad de dar sentido y vida, tensión, movimiento a los sonidos, de modo que estos se vuelven comunicativos y con capacidad de conmover a aquellos que lo oyen. La musicalidad es una forma armónica, bella y orgánica de poner en relación muchos elementos. Estos elementos son sonidos y silencios, con su altura, su duración, su intensidad, su peso o su ligereza, su tensión, su movimiento hacia delante o hacia atrás, su carga emotiva, su conexión con el cuerpo.
El lenguaje musical intenta comunicar esta musicalidad con indicadores de carácter (animato, tranquilo…), de tempo (presto, adagio…), de volumen (pp,p,mf,f,ff…), con reguladores de volumen (crescendo, decrescendo…), con reguladores de velocidad (acelerando, retardando…), con la organización de notas (con una altura determinada), ritmos (valores de duración de las notas), compases (distribución de los acentos); construcción de melodías (líneas), armonías (sonidos simultáneos), contrapunto (relación entre diferentes líneas melódicas), formas musicales (estructura formal de la obra), etc.
La musicalidad que hace que un intérprete le de sentido a todo esto, tanto si lee como si improvisa, tiene que ver con una forma

de sentir y de transmitir la enorme riqueza de matices que se produce en la comunicación humana.

Si yo puedo construir algo musical con los elementos aparentemente desconectados y sin sentido que expresa mi paciente, hago un primer trabajo de ensoñación con sus elementos y los convierto en una comunicación entre nosotros.

Este aspecto de la ensoñación me resulta muy útil en el trabajo con niños muy afectados. Si entro en la música de lo que me comunica y respondo con musicalidad, mi paciente deja de ignorarme y me mira, me responde, se acerca, puedo hacerme presente. Como dice Hafsa Chbani “Lo que se observa se vuelve mente”. Los gestos, las palabras, las escenas observadas se vuelven mente; algunas cobran un significado más consciente, otras circulan de un modo más inconsciente, y todo junto va formando un tejido de comunicación con el otro. Ir tejiendo es ir construyendo, encarnando lo que está por venir.

Estos encuentros de comunicación no-verbal constituyen las bases de un lenguaje profundo que permitirá sentir y expresar las emociones.

La música como manifestación artística es el desarrollo de este lenguaje profundo que tiene sus bases en ciertas cualidades de los encuentros más primitivos.

Para acabar recurriré de nuevo a la literatura que expresa de un modo más asequible los caminos que Freud nos abre con su “principio de realidad” o Bion con su “sin memoria ni deseo”.

De nuevo, Christian Bobin:

> “Estoy haciendo mi nido en una frase de Hölderlin escrita hacia el final de su vida, en los que se llaman los años de locura: “Nadie, sin alas, tiene el poder de captar lo que está cerca”.

> Y más adelante, Bobin añade: “Las alas nos las da lo real – lo real contemplado de cara, de frente, tal y como es, necesariamente no conforme con nuestros deseos”

Esas alas que aparecen en el contacto directo con la realidad, en la observación de esa realidad, tal y como es, sin luchar contra ella, traen la dicha. Esas alas tienen que ver con la ensoñación de lo recién nacido o lo que está por nacer; tienen que ver con la ensoñación de lo que parece imposible pero se percibe como una posibilidad en lo que el paciente comunica, y tienen que ver con la aceptación de la realidad, que no es para nada lo mismo que la resignación. La aceptación de la realidad es una relación con la verdad. Ciertas realidades como por ejemplo el autismo, solo se pueden vivir si uno tiene una cierta capacidad de ensoñación, porque lo concreto de esa realidad es insoportable.